

ojs.uv.es/index.php/qdfed

Rebut: 12.09.2022. Acceptat: 25.09.2022

Per a citar aquest article: Alonso Gallo, Laura P. 2022. "Cuerpos de la era digital: *Historias de Silicon Valley* de Herminia Gil Guerrero". *Quaderns de Filologia: Estudis Literaris* XXVII: 117-128.

doi: 10.7203/qdfed.27.25742



Cuerpos de la era digital: *Historias del Silicon Valley* de Herminia Gil Guerrero

Bodies in the digital era: *Historias del Silicon Valley* by Herminia Gil Guerrero

LAURA P. ALONSO GALLO

Barry University
Lagallo@barry.edu

Resumen: Las protagonistas de los relatos de H. Gil Guerrero (*Historias del Silicon Valley*, 2019) representan el arquetipo contemporáneo de individuo útil y dócil, asexual y aparentemente liberado de la diferencia de género, que se explota a sí mismo infatigablemente al servicio de las grandes empresas de tecnología digital. Este artículo analiza las circunstancias que llevan a una generación joven a la depresión, el agotamiento y la alienación a causa de la transformación que ha desencadenado la era digital. El sistema de relaciones personales no funciona a través de una comunicación fluida y recíproca, sino a través de imágenes (redes sociales) y de intercambios breves de frases (chats). En tal contexto de aislamiento, estas jóvenes muestran una relación mínima y precaria con la comida, la cual genera tanto adicción a los fármacos como trastornos alimentarios compulsivos.

Palabras clave: literatura contemporánea; identidad cultural; trastornos alimentarios; cultura digital; relaciones sociales.

Abstract: The main characters in some of the short stories *Historias del Silicon Valley* by H. Gil Guerrero (2019) are contemporary archetypes of the so-called useful and docile individual who appear to be asexual and beyond gender differences. While working for prestigious digital technology companies, these characters pursue optimal efficiency at the cost of personal time and healthy lifestyles. Gil Guerrero portrays a generation of young people whose system of communication in social relations fails as it is based on images (social media) and quick exchange of short messages (chats). Isolation leads these young to alienation. Certain circumstances that emerge from the digital era trigger depression, burnout, and alienation among young women. This article analyzes these women's experiences as well as their abnormal and instable relationship with food, all of which results in their bodies being neglected through medication and compulsive eating.

Keywords: contemporary literature; cultural identity; eating disorders; digital culture; social relations.

Historias del Silicon Valley (2019) es una colección de relatos de la escritora Herminia Gil Guerrero, joven representante de la diáspora española en EE. UU. Sus protagonistas, de nacionalidades diversas, viven y trabajan en Silicon Valley, en la zona del valle californiano de Santa Clara, atraídos por las oportunidades profesionales que ofrece esta ciudad, meca de prosperidad y vanguardia tecnológica desde la década de los años 80. Tener un puesto de trabajo en Google, Facebook o Apple trae consigo prestigio, así como también un estilo de vida particular. Gil Guerrero nos traslada a un escenario donde se entiende mejor la manera en que nos circunscribe y aliena el mundo digital. Los relatos “Servicio a domicilio” y “Quince meses” ilustran muy concretamente el efecto de autoexplotación (Foucault, 2005) y de la disolución de la identidad (Han, 2014, 2017), características de las generaciones de la era digital. Las protagonistas de dichos relatos, Katie y Olivia, a quien la voz narradora presenta como dos jóvenes inteligentes, emprendedoras y decididas, encarnan el imaginario sociomercantilista en el espacio de neoliberalismo de Silicon Valley. Ambas se han aislado extremadamente del mundo físico de las relaciones sociales por haberse colocado detrás de la pantalla del ordenador para emplearse en tareas informáticas, de manera que su experiencia del mundo es principalmente a través de imágenes digitales. Según L. Manovich (2013: 2), “Software has become our interface to the world, to others, to our memory and our imagination – a universal language through which the world speaks, and a universal engine on which the world runs”. Tal aislamiento del mundo físico provoca que estas jóvenes tengan una relación mínima y precaria con la comida, así que han desarrollado hábitos de alimentación insalubres que se manifiestan en abandono y negación de su propio cuerpo.

Katie ha perdido el apetito, tanto el placer de percibir sabores y texturas, así como el tiempo de compartir la comida con los demás. Es el suyo un cuerpo invisible, ignorado y ausente. Olivia también ha perdido el apetito, pero de una manera diferente, a través de la fijación obsesiva con el dulce. Su adicción a los dulces es manifestación del aislamiento que viene sufriendo desde tiempo atrás. La depresión y también la ansiedad por ingresar en la vida profesional ha llevado a Olivia a ingerir comida dulce, lo cual proporciona placer a su yo desterrado del mundo de los otros. El relato presenta a Olivia durante su periodo de abstinencia, tras muchos esfuerzos y terapias por superar la adicción. La abstinencia la aparta aún más del mundo social, de manera que pasa muchas horas solitarias imaginando la elaboración de los postres, lo cual desencadena una relación erótica entre psique y cuerpo. Su relación erótica no es con otro individuo, sino consigo misma, a través de un discurso mental

que describe con todo lujo de detalles la confección e ingredientes de sus postres preferidos: *éclair*, tocino de cielo, arroz con leche, tiramisú y ensaimada mallorquina. El cuerpo de Olivia es un cuerpo enfermo que mantiene una violencia interna constante, una lucha entre la abstinencia y el abuso, entre privarse de lo que más placer le da y comer pasteles compulsivamente.

A fin de comprender la relación que mantienen las protagonistas de Gil Guerrero con la comida, es preciso analizar su comportamiento social y cultural a la luz de las teorías de Michel Foucault del biopoder, así como el pensamiento del filósofo surcoreano Byung-Chul Han. Según Foucault (2005, 2007), en la sociedad contemporánea se practican mecanismos diversos por los que se consigue subyugar el cuerpo de los individuos y ejercer control sobre la población. Ya no es necesario que haya agentes que condenen y castiguen al individuo si no acatan las normas de producción y obediencia, como ocurría en las edades previas a la modernidad. En el mundo contemporáneo las personas somos voluntariamente dóciles y útiles, es decir, nuestra obediencia y productividad surgen de nuestro libre albedrío. De ese modo, podríamos decir que la vocación de cualquiera de nosotros es formar parte de ese mecanismo de rendimiento. Nadie nos castiga si no lo hacemos. Nuestro castigo sería no pertenecer a ese grupo uniforme de individuos aparentemente libres que se suscriben a una felicidad aparentemente real. Haciéndose eco del pensamiento de Foucault, Han anota lo siguiente:

El sujeto del rendimiento, como empresario de sí mismo, sin duda es libre en cuanto que no está sometido a ningún otro que le mande y lo explote; pero no es realmente libre, pues se explota a sí mismo, por más que lo haga con entera libertad. El explotador es el explotado. Uno es actor y víctima a la vez. La explotación de sí mismo es mucho más eficiente que la ajena, porque va unida al sentimiento de libertad. (2014: 11)

Por otra parte, Han (2017) explica que el mundo que han construido las tecnologías digitales crea una comunicación ficticia que, además, tiende a borrar las diferencias entre los individuos, construyendo identidades iguales porque lo diferente es lo otro. A través de un impulso narcisista eliminamos al otro extraño, al otro misterioso, al otro que sufre, al otro que está ahí pero no queremos o no podemos percibir. Las protagonistas de Gil Guerrero representan el arquetipo contemporáneo de individuo útil y dócil, el *homo oeconomicus neoliberal* (Foucault, 2007: 310), asexuado y aparentemente liberado de la diferencia de género, que se explota a sí mismo infatigablemente al servicio de las grandes empresas de tecnología digital como Google, Facebook y Apple. En

estos relatos somos testigos de cómo el biopoder controla el cuerpo femenino. Desde siempre, como apunta I. Coy-Dibley (2016), el cuerpo femenino “has continuously been a battlefield of diverging concepts, regulations, values, and modifications”. Sujeto a conciencias y usos socioculturales, el cuerpo de la mujer se ha percibido a través del tiempo de maneras múltiples, todas represoras o aberrantes: “[...] as a reproductive, sexual, insatiable, as a commodity, a place of purity, as Mary and Eve, of sin and monstrous appetites –a map of spatial, temporal, and lived female experiences”. Las experiencias de las protagonistas de Gil Guerrero suceden en un circuito cerrado, de manera que, en el aspecto de la comunicación, el biopoder produce aislamiento; en el aspecto de la maternidad, produce infertilidad; en el aspecto de la sexualidad, produce represión; y en el aspecto de la emoción, produce enajenación. El sistema de relaciones personales no funciona a través de una comunicación fluida y recíproca, sino a través de imágenes (redes sociales) y de intercambios breves de frases (chats) cuya finalidad es principalmente comercial. Los objetos digitales, como los denomina Yuk Hui (2012), por ejemplo, vídeos de YouTube, perfiles de Facebook, imágenes de Flickr, Snapchat e Instagram, etc., “are composed of data and formalized by schemes or ontologies that one can generalize as metadata”. La cultura digital anula la separación entre estas cadenas de información y nuestra vida física. “These objects,” añade Hui, “pervade our everyday life online, and it is in fact very difficult for us to separate what is online and offline anymore” (380).

Katie y Olivia rechazan las relaciones sociales físicas. Imaginan lo otro como extraño. En el mundo que han creado las tecnologías digitales, lo extraño es innecesario, y por lo tanto execrable. Aboga Han (2017: 99-123) por un movimiento hacia la fantasía, hacia el misterio, hacia el escuchar lo que se esconde por detrás de lo igual, de lo idéntico, y así recuperar el asombro. Es este concepto, el asombro, la clave para regresar al mundo espiritual, ese que nos devuelve la humanidad.

1. Recuperar el asombro

En “Servicio a domicilio” conocemos a Katie, profesional de veintitrés años de la empresa Apple nacida en Vietnam, a quien adoptó un matrimonio estadounidense cuando quedó huérfana al terminar la guerra en 1975. Muy querida y protegida por sus padres, Katie posee una inteligencia capaz de llevarla a cursar estudios a la Universidad de Standford, “que no admite más del cinco por

ciento de las solicitudes de matrícula” (Gil Guerrero, 2019: 11) y disfruta de un puesto de trabajo digno de sus talentos excepcionales. No obstante, desde la adolescencia, cuando supo que era adoptada, Katie sufre de depresiones y se somete a terapias psicológicas de grupo. La identidad étnica de Katie dentro del seno de una familia caucásica y su crisis de adolescencia, además de la incorporación al mundo tecnológico de Silicon Valley, constituyen un campo de cultivo óptimo para el aislamiento del que sufre. Su rutina cotidiana se limita a la actividad de la oficina, así que la falta de conexión con el prójimo se manifiesta en su entorno laboral: “Su trabajo no era gratificante, tan solo un grano de arena en un castillo imposible de dibujar en su mente. Nunca tendría el impacto individual de otras profesiones y un cambio de carrera a su edad le parecía imposible” (Gil Guerrero, 2019: 11). Habla en su interior de sus compañeros como “la manada anónima que cada día le asqueaba más” (Gil Guerrero, 2019: 14). Reconoce asimismo que “no podía evitar sentirse un número más entre la marabunta de programadores que consumían sus vidas ante agotadores algoritmos” (Gil Guerrero, 2019: 9). Sumergida en la física de las tareas mecánicas, convertida en un cuerpo-cerebro al servicio de una idea que no comprende, Katie es un ejemplo claro de biopoder. El lector entiende, además, que todos los compañeros de la empresa Apple están en su misma situación. Las relaciones sociales de Katie han quedado reducidas a lo que llama su “círculo personal” (Gil Guerrero, 2019: 12), un grupo minúsculo que solo incluye a sus padres, a su antiguo novio que ya está casado, y a sus amigas de la universidad, que también están casadas y “perdían su vida entre pañales y actividades extraescolares” (Gil Guerrero, 2019: 12). Katie mantiene una comunicación social falsa a través de Instagram, puesto que solo recibe imágenes y no se dirige a ningún interlocutor. De sus amigas, se pregunta, “¿Para qué habían estudiado? ¿para hacer de mujeres desesperadas? Y encima sin dejar de sonreír en sus malditas fotos de Instagram” (Gil Guerrero, 2019: 12). “La hipervisibilidad no es ventajosa para la imaginación”, afirma Han (2014: 33) cuando detecta una crisis de la fantasía en la era digital, donde desaparece el otro, donde agoniza Eros. Así pues, Katie vive sola y trabaja sola; no solo se le olvida comer, sino que resiste a base de restos de comida de días anteriores y compone listas de la compra que consisten en “algo de carne, fiambre, agua, café y unas botellas de vino tinto” (Gil Guerrero, 2019: 16).

Para superar su vacío, lo que llama con acierto “agujeros negros”, Katie toma habitualmente barbitúricos que la ayudan a amortiguar la ansiedad. De modo simbólico, para Katie los antidepresivos sustituyen la comida como encuentro social en tanto en cuanto cubren la necesidad de sentirse bien sin

necesidad de relacionarse con otros. Al comenzar el relato, Katie se da cuenta de que se le han terminado las pastillas. En su discurso interior, Katie revela el aislamiento en que vive y la depresión que padece:

No le iba a ser fácil hacerse con una nueva prescripción médica sin ver a aquel grupo de locas que tienen como misión en la vida encontrarse semanalmente y hablar de estupideces, mostrar empatías imposibles, como si su vida pudiera importarle a alguien. Ella no las necesitaba, los fármacos le eran suficiente (Gil Guerrero, 2019: 11).

Puesto que no quiere exponerse a las relaciones sociales que entrañan las terapias, tiene que idear algo para seguir productiva en el trabajo. Exasperada, se le ocurre una estrategia para llegar a la vida de otras personas. De manera inconsciente busca la sorpresa a través del juego, paradójicamente de la manera que le resulta más familiar: el consumismo. Decide entonces pedir la compra de alimentos a domicilio por Google Express con una única meta: que el repartidor recorriese de cabo a rabo el gigantesco hipermercado Costco, y que se agotara con el ejercicio que provocaría el pedido, pedido que se basa en la ubicación física del producto en la gran nave y no en su necesidad de surtir su despensa o su casa: queso que no va a comer porque es intolerante a la lactosa, comida para mascotas que no tiene y pañales de adulto que no va a usar nadie. En su análisis del *Homo Consumens*, S. Rodríguez Díaz (2012) explica, siguiendo las teorías de L. E. Alonso (1986) acerca de la producción capitalista del deseo de consumir, que “el deseo se asienta sobre identificaciones inconscientes y siempre personales (aunque coincidan en muchas personas) con el valor simbólico de determinados objetos o servicios”, lo que genera “una dinámica desarraigada de la necesidad, que desarrolla el consumo a través de la explotación intensiva de los deseos”. Katie no consume por necesidad, y en su caso el consumismo es el vehículo de consecución de su deseo por alcanzar al prójimo. Esta dinámica permite a Katie manejar desde el ordenador de manera anónima la vida de otro ser, y por ello satisface su deseo de comunicación, que le hace sentirse poderosa y viva porque va a llegar a influir en la vida de otro. Es interesante que, en esta escena en la que describe el pedido de Google Express, el placer de su plan maquiavélico aparece descrito en términos físicos, exactamente como un orgasmo:

En el espacio íntimo de su dormitorio, Katie sintió el poder bajo cada uno de sus diez dedos que tecleaban sin titubeo la lista [...]. Cada palabra que escribía le hacía sentir más viva, imaginando con excitación el sudor de aquel que,

siguiendo su voluntad, recorrería sin aliento los extensos pasillos del interminable Costco. Pausada, cautelosa, se preparó para alcanzar el punto álgido de su placer. Su cuerpo comenzó a experimentar un hormigueo incipiente desde sus dedos hasta su parte más íntima. Su ritmo cardíaco y su presión arterial comenzaron a elevarse hasta que por fin el clic ensordecedor se apoderó de la silenciosa noche. Ahora, exhausta, tumbada en su butaca, trataba de conciliar el sueño (Gil Guerrero, 2019: 13).

La curiosidad de ver el impacto que esta tortura bien planeada había tenido en el repartidor le descubre al joven Oscar, “jovial, lleno de vida, sin ningún atisbo de cansancio o frustración” (Gil Guerrero, 2019: 14), que canta con alegría mientras hace los repartos. En los pedidos siguientes, a través de chat o en persona cuando los lleva a casa de Katie, esta se ve amenazada por la humanidad de Oscar, por su amabilidad y optimismo. De nada le sirve a Katie tratarlo con displicencia e incluso con grosería para alejarlo de su intimidad. Después de varios encuentros físicos, brevísimos, en el umbral de la puerta de Katie, el relato nos muestra a una joven nueva que empieza a llevar ropa más entallada al trabajo en lugar de sudaderas anchas y que sale de las oficinas de Apple rauda a su casa para ver a Oscar durante unos minutos mientras llega a su casa a hacer el reparto. Katie se hace consciente de su cuerpo: “[...] notó miradas extrañas entre sus compañeros. Nunca antes la habían visto llevar una camiseta entallada con algo de escote” (Gil Guerrero, 2019: 18). La joven había podido salir, si bien con intención mezquina, del tiempo de su yo hacia el tiempo del otro. Esta comunicación le devuelve el pulso vital y, con este, recupera femineidad y sexualidad. En las últimas páginas del relato, Oscar quiere conocerla y le pide que aguarde a que llegue con el pedido, aunque sea de noche, pasadas las horas oficiales de reparto. Mientras una Katie nerviosa e insegura intenta decidir si abrirá o no la puerta de su casa a este desconocido, se da cuenta de que no se había acordado de recoger los antidepresivos de la farmacia: “No los necesitaba, tenía una excitación inusual. Podía notar la endorfina pasando por sus venas” (Gil Guerrero, 2019: 21). Poner cuidado en el vestir, peinarse y perfumarse son actos nuevos para esta joven que ha recuperado su corporeidad. El relato termina con una nota de optimismo porque la protagonista abre la puerta al asombro que produce lo desconocido. Tal como explica Han, “la escucha tiene una dimensión política. Es una acción, una participación activa de la existencia de otros, y también de sus sufrimientos” (2017: 120). La Katie reprimida, aislada, conformista y enajenada regresa al estado vulnerable propio del ser humano: cuando encuentra a un interlocutor, se vuelve erótica y se encamina a la comunicación y a las emociones.

“¿Quieres que entre? Pregunta Oscar. “Sí,” dice Katie, “llevo mucho tiempo esperándote” (Gil Guerrero, 2019: 21). Así pues, el cuerpo de Katie, metáfora del yo, se rebela contra el sistema de producción y consumo gracias al descubrimiento del otro como deseo, como misterio, como seducción, y como eros.

2. La encerrona del privilegio: la autoexplotación, el hiperconsumismo y la individualización del sufrimiento

En “Quince meses” la escritora presenta a otra joven que habita en el tiempo absoluto de su yo ensimismada, y es que Olivia está venciendo la adicción a los dulces, una adicción solitaria que embarga su pensamiento constantemente. Llega esta madrileña a Silicon Valley para trabajar en incidencias en el departamento de español de Facebook. Es otra joven de veintipocos años hastiada de vivir que acude a un trabajo que imagina tedioso, deprimida, sin ilusión alguna: “Hacía ya mucho tiempo que había dejado de sentir [la ilusión] y vivía como si vivir se tratara de un trámite burocrático que todos debemos pasar” (Gil Guerrero, 2019: 76). Explica Han (2014: 6) que “la depresión es una enfermedad narcisista. Conduce a ella una relación consigo mismo exagerada y patológicamente recargada. El sujeto narcisista-depresivo está agotado y fatigado de sí mismo. Carece de mundo y está abandonado por el otro”. Los lectores imaginan la depresión de Olivia, el círculo vicioso de su incomunicación con el mundo exterior, su ruptura con la actividad social. La joven reconoce haber tenido un “trastorno alimenticio con catastróficas consecuencias” (Gil Guerrero, 2019: 84) y decide detener la adicción sometándose a terapia psicológica. Aunque no se revela en el relato si el cuerpo de la joven sufre de sobrepeso, se sugieren las presiones sociales y comerciales relativas al cuerpo normativo. En los últimos veinticinco años, S. Bordo (1993), A. S. Dobson (2007; 2014) y S. Orbach (2009; 2011) han sentado las bases críticas acerca de la relación directa que existe entre la mujer y las representaciones corporales de lo femenino que promueven los medios, entre ellas belleza, sensualidad, juventud y sexualidad. “Compulsive eating in women has critical social dimensions related to the oppression of women”, anunciaba Orbach (1978) ya en los años setenta, indicando cuatro causas que atañen exclusivamente a la mujer: evitar las perversiones de la cosificación sexual y adjudicación de roles de género; necesidad de ajustarse a los intereses económicos de una sociedad de consumo cuyo sexismo se asegura de que el cuerpo de la mujer se halle en constante revisión; neutralizar la sexualidad en el campo laboral, definiendo-

se en oposición al estereotipo de mujer atractiva, concepto que en el mundo profesional del patriarcado equivale a mujer incompetente o poco capaz; y compensar la entrega emocional que exigen los papeles de madre, esposa e hija. Irónicamente, hoy, en la sociedad neoliberal que promueve la igualdad, “commercial pressures, disseminated through the media are restructuring bodies, supplanting diversity with sameness and offering membership in global culture through having a body that fits” (Orbach, 2011: 394). El relato sugiere que la mente de Olivia ha creado un circuito cerrado debido seguramente a la decepción por mantener un cuerpo acorde con la norma cultural. En guardia ante una recaída, que propicia la oferta gratuita de las cafeterías del campus de Apple, Olivia evoca el pasado como “el dulce agujero del que tanto le había costado salir” (Gil Guerrero, 2019: 83) y habla de un comienzo nuevo: “Ahora se sentía una persona nueva, limpia, con ganas de iniciar una vida diferente y con la esperanza de no tener una recaída” (Gil Guerrero, 2019: 74).

Firme en el control de la ingesta de dulces, en varios momentos del relato Olivia cuenta cuidadosamente el tiempo de su sobriedad: “Quince meses, cuatro días y dos horas” (Gil Guerrero, 2019: 74), pero al mismo tiempo, la joven imagina de manera recurrente los ingredientes y la elaboración de sus postres preferidos que, tras las terapias de desintoxicación que había costado con sus ahorros, le pueblan la memoria. Por ejemplo:

Con unos doscientos gramos de bizcochos de soletilla puede salir una buena bandeja. El mascarpone y el huevo hay que batirlos muy bien. La mezcla del chocolate y el *amaretto* es deliciosa. A veces se usan otros licores, pero creo que el *amaretto* es un acierto. Una bandeja entera en un día. Quinientos gramos de azúcar en una comida. Un tiramisú para mí sola (Gil Guerrero, 2019: 80).

El discurso interior de Olivia manifiesta deseo, pero no es un deseo por el otro. Es el deseo por el placer solitario del azúcar y la harina transformados en productos de repostería que percibe como irresistiblemente eróticos. En el relato descubrimos una serie de contrastes que describen la *supuesta* sociedad del privilegio, basada en exceso, dinero y rendimiento laboral. En primer lugar, la nevera del apartamento que comparte con otros compañeros de Facebook está vacía, “como si se tratara de un mueble decorativo” (Gil Guerrero, 2019: 76), lo cual contrasta con la exuberancia de víveres en los comedores del recinto Facebook, donde “toda la comida es gratuita” (Gil Guerrero, 2019: 77). En segundo lugar, advertimos el materialismo implícito en el comentario de la jefa de Olivia sobre su edad el primer día de trabajo. Al saber que Olivia es dos años mayor que el creador de Facebook, la jefa identifica a la joven

de acuerdo con su valor mercantil: “Mark Zuckerberg solo te saca 64 000 millones de dólares” (Gil Guerrero, 2019: 77). En tercer lugar, el contraste entre el tiempo y el espacio privados y el tiempo y espacio laboral. La política de la empresa Facebook, *responsabilidad y libertad* (Gil Guerrero, 2019: 77), ofrece a los empleados la flexibilidad de horarios y trabajar desde casa, lo cual promueve tanto el aislamiento personal como la ideología poscapitalista del rendimiento máximo, de manera que el trabajo se apodera del tiempo social e invade el espacio del hogar. Orbach (2016) alude a la historia de la integración de las mujeres en el mundo laboral y cómo el feminismo se propuso terminar con la presión social hasta que, en nuestros días, hemos llegado a una situación insostenible:

Within the [feminist] grouping that wanted equality in the workplace, we would have been arguing that it would be hard to achieve that on the terms that the workplace is structured. Most women don't want to be working from seven in the morning until 11 at night. There was a feminist critique of that model. But neoliberalism took hold, and solidarity with other women got turned into a thing called 'networking', and that turned into the glass ceiling. It wasn't meant to be that. It was about: 'How do we change the workplace?' (Williams)

Han (2017) afirma que la crisis temporal de nuestro mundo no es lo que llamamos estrés, es decir, la aceleración y el ejercicio de la multitarea para conseguir rendimiento óptimo, sino la totalización del tiempo del yo. La flexibilidad de horario y espacio que ofrece Facebook a Olivia desde el primer día es en sí misma una explotación voluntaria. Esta política neoliberal erradica el tiempo del otro: el tiempo de escuchar y de participar en la existencia del otro, ese tiempo político que crea comunidad frente al tiempo absoluto del yo, que no solo privatiza el sufrimiento de Olivia sino que totaliza la producción con que beneficiar a la empresa. El tiempo del otro, ese que Olivia no alcanza a penetrar como lo hizo Katie, aunque se lo provocase un impulso sádico, es, como dice Han (2017: 123), *un tiempo bueno* porque “a diferencia del tiempo de yo, que nos aísla y nos individualiza, el tiempo del otro crea una comunidad”.

Olivia termina por sucumbir al deseo en la vida nueva que ha comenzado. Pero no tiene la misma suerte que Katie, ya que no es deseo por el otro, y por lo tanto permanece en su aislamiento al rendirse a un deseo misterioso y seductor material, que consiste en saciarse con los dulces de la cafetería del campus: “Olivia cogió la bandeja y las pinzas metálicas y caminó como ciega por la cola que le mostraba ese escaparate de felicidad, dulzura, casi de lujuria” (Gil Guerrero, 2019: 84). El relato termina, naturalmente, en tragedia

espiritual. Es el zarpazo engañoso del privilegio, la puesta en marcha de una maquinaria que nos aliena y nos roba no solo el cuerpo, sino la conciencia de cuerpo, y que a su vez crea la ilusión del bienestar bajo el lema de la producción voluntaria:

Tras quince meses, trece días y nueve horas, como si de una marioneta se tratara, y vencida a su amargo destino, lejos de sus compañeros, de Nick, de su exnovio, de su casa, de su madre, de su terapeuta, en un país remoto donde este trastorno es un deporte nacional subvencionado por su propia compañía (Gil Guerrero, 2019: 84).

Es la paradoja de Facebook, que pone en marcha el espejismo de la comunicación y aniquila las posibilidades de comunicación real. Conectar con el otro, mirarlo, permitir el asombro nos abre las puertas a nuestra humanidad. Este segundo relato también pone de manifiesto la crítica de Han (2017: 9): “Los tiempos en los que existía el otro se han ido. El otro como misterio, el otro como seducción, el otro como eros, el otro como infierno, el otro como dolor va desapareciendo”. En un espacio donde las comunicaciones son vertiginosas, Katie y Olivia viven aisladas. No solo representan la juventud de Silicon Valley, sino una generación entera. El mundo que han desarrollado las tecnologías digitales es un mundo de emisiones, de exposiciones, donde no existe el intercambio real. Es un mundo exhibidor del espectáculo del yo y de la identidad de los iguales porque lo otro es diferente y, por lo tanto, no interesa. En dicho mundo del simulacro todos buscamos lo mismo y nos construimos como iguales. El tiempo del yo se ha hecho absoluto, individualizándose de tal manera que no existe el tiempo del otro porque el tiempo del otro –donde existen sus sentimientos, sufrimientos, miedos, inseguridades– no es productivo ni atractivo.

Bibliografía

- Alonso, Luis Enrique. 1986. La producción social de la necesidad. *Economistas* 18: 26-31.
- Bordo, Susan. 1993. *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture, and the Body*. Berkeley: University of California Press.
- Coy-Dibley, Isabelle. 2016 (5 Jul). “Digitized Dysmorphia” of the Female Body: Re/Disfigurement of the Image. *Palgrave Communications* 2. <https://doi.org/10.1057/palcomms.2016.40> [Acceso 10/14/2022].

- Dobson, Amy Shields. 2007. Femininities as commodities: Cam girl culture. En Harris, Anita (ed.) *Next Wave Cultures: Feminism, Subcultures, Activism*. New York: Routledge.
- Dobson, Amy Shields. 2014. Performative Shamelessness on Young Women's Social Network Sites: Shielding the Self and Resisting Gender Melancholia. *Feminism & Psychology* 24(1): 97-114.
- Foucault, Michel. 2005. *Historia de la sexualidad. Volumen 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. 2007. *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gil Guerrero, Herminia. 2019. *Historias de Silicon Valley*. España: Caligrama editorial.
- Han, Byung-Chul. 2014. *La agonía del Eros*. Trad. Raúl Gabás. Barcelona: Editorial Herder.
- Han, Byung-Chul. 2017. *La expulsión de lo distinto*. Trad. A. Ciria. Barcelona: Editorial Herder.
- Hui, Yuk. 2012. What is a Digital Object. *Metaphilosophy* 43(4): 380-395.
- Orbach, Susie. 1978. Social Dimensions in Compulsive Eating in Women. *Psychotherapy: Theory, Research and Practice* 15(2), Summer: 180-189.
- Orbach, Susie. 2009. *Bodies*. London: Profile Books.
- Orbach, Susie. 2011. Losing Bodies. *Social Research* 78(2): 387-394. doi:10.1215/00370712-1273333. <https://www.jstor.org/stable/23347182>. [Acceso 08/09/2022].
- Rodríguez Díaz, Susana. 2012. Consumismo y sociedad: Una visión crítica del Homo Consumens. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences* 34(2). http://dx.doi.org/10.5209/rev_NOMA.2012.v34.n2.40739. (redalyc.org) [Acceso 12/08/2022]
- Williams, Zoe. 2016 (22 Feb). Susie Orbach: "Not all women used to have eating issues. Now everybody does". *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/lifeandstyle/2016/feb/22/susie-orbach-fat-is-a-feminist-issue-body-dysmorphia-china> [Acceso 01/09/2022].